

no podía obligar a Turquía, que al fin y al cabo era la que debía pagarlo todo, a que otorgara a Austria aquellas concesiones que le hubiesen hecho aceptable la devolución de la Galitzia a Polonia; y solo de esta devolución dependía la posibilidad de que Prusia exigiera de Polonia a Danzig y a Thorn.

La contestación de Prusia fue considerada en la corte de Viena como equivalente a una negativa de inteligencia y por esto se recabó de Rusia que hiciera nuevas promesas para el caso que ocurriera un rompimiento con la Prusia. En una segunda carta (28 de abril) manifestó Leopoldo al rey de Prusia que Austria no podía contestar a las proposiciones que se le hacían hasta tanto que se hubiese puesto de acuerdo con Rusia acerca de las condiciones bajo las cuales debía firmarse la paz con la Puerta. El príncipe de Renss estuvo además encargado de declarar verbalmente en Berlín que Prusia, obligada por la promesa de Inglaterra, no podía resentirse porque el Austria esperara a saber la opinión de su aliada. El rey, a pesar de todo, pidió (9 de mayo) una contestación pronta y definitiva, alegando que tenía deberes que cumplir que no admitían dilación alguna y que se encontraba en una situación que más que una paz parecía un armisticio. Después daba una idea de las modificaciones de territorios en virtud de las cuales el Austria recibiría aquellas porciones de Servia y de Valaquia que había ya adquirido por la paz de Passarowitz. Las negociaciones que en San Petersburgo tenía entabladas el Austria no dieron todo el resultado que se esperaba, pues Rusia no quería entrar para nada en negociaciones de paz con Turquía, sino solo en el caso de que la Puerta cediese los territorios que entre el Danubio y el Dniester ocupaba Rusia: de lo contrario, Rusia aseguraba que estaba resuelta a ampliar sus conquistas con las armas en la mano. El gabinete de San Petersburgo no se comprometió expresamente a auxiliar al Austria en el caso de que estallara la guerra entre ella y la Prusia, sino que hizo depender este compromiso del resultado de las negociaciones con Turquía. El Austria se veía, pues, precisada a prolongar sus negociaciones diplomáticas con Prusia, a fin de ganar tiempo (1); de modo que se encontraba sola ante la contingencia de un ataque de Prusia, ataque que era posible a cada momento, especialmente después de haber llegado a Viena una tercera carta de Federico Guillermo (2 de junio), en la cual se proponía como *ultimatum* la cesión de Galitzia y se pedía que cesaran las hostilidades del Austria contra Turquía.

Al propio tiempo, comenzó la concentración de las fuerzas prusianas en Silesia, a donde se dirigió el rey en persona acompañado de Hertzberg. Federico Guillermo estableció su cuartel general en Schönwalde, cerca de la frontera Bohemia (18 de junio), y ordenó a su embajador en Viena que declarara que estaba dispuesto a comenzar la guerra, si Leopoldo no quería acceder a sus exigencias. Esta resolución que tomaba el carácter de apremiante, fue examinada por Leopoldo, el cual, consecuente con la decisión tomada y contra el parecer del canciller, prefirió aceptar las condiciones que le imponía Prusia a enredarse en una guerra con esta potencia. Kaunitz opuso muchas objeciones a los acuerdos de una conferencia, celebrada en 15 de junio, y en la cual se había decidido acceder a lo solicitado por Prusia; pero Leopoldo le contestó, por medio de una nota (16 de junio), en los siguientes términos: «Os estoy muy reconocido por vuestras buenas intenciones. Las circunstancias porque atravesamos, son sin embargo desgraciadamente tales, que debemos apelar a todos los medios decentes para evitar un rompimiento con

(1) A. Beer, *La política oriental del Austria*, pág. 137.

Prusia.» A la conferencia había asistido el mariscal Laudon, a quien debía confiarse el mando supremo de los ejércitos que contra Prusia se enviaran. Desde que llegaron a Viena las primeras noticias de una alianza turco-prusiana, el emperador José había enviado a las fronteras de Silesia y de Galitzia los 39 batallones y 66 escuadrones que se encontraban en los cuarteles de invierno de Hungría, los cuales durante la primavera fueron reforzados de modo que pudieran dirigirse 20 batallones y 34 escuadrones contra Polonia y 91 batallones y 120 escuadrones contra Prusia (2). El conjunto de todas estas fuerzas lo hacen ascender algunos a 150,000 hombres, pero la cifra nos parece exagerada. El mando supremo que había sido confiado a Laudon era consecuencia de la posición que ocupaba este personaje, como general en jefe del ejército austriaco, cargo que le había asignado Leopoldo desde que se había encargado del gobierno (3). Durante el mes de mayo, Laudon formó un verdadero cordón en la frontera de Silesia y concentró el grueso del ejército en Neutitschein. El príncipe Hohenlohe mandaba un cuerpo en Moravia y Venceslao Colloredo uno en Galitzia. Laudon se encontraba muy dispuesto a la guerra; pero no parecía confiar mucho en la victoria. Por lo menos, Leopoldo no parece haber obrado por influencia suya.

El encargado de llevar las negociaciones con Prusia fue el secretario de Estado, barón Spielmann, el cual llegó en 25 de junio a Breslau, portador de una carta de Leopoldo dirigida al rey Federico Guillermo, en la cual se manifestaban claramente las intenciones pacíficas del Austria y se colmaba al monarca prusiano de lisonjeras alabanzas. Las entrevistas con Hertzberg se refirieron al objeto de compensación por la Galitzia la cual, según opinión de Prusia, debía ser equivalente a Danzig, Thorn y algunos distritos fronterizos, que Hertzberg calculaba en 120,000 habitantes y 600,000 florines de renta. El Austria ofreció algunos territorios sueltos de Galitzia, con 300,000 habitantes y 343,000 florines de producto, y Spielmann no quiso consentir en la cesión de Brody y de las salinas de Wieliczka, hasta tanto que recibiera nuevas instrucciones de Viena. Mientras llegaban estas, se realizó en las disposiciones del rey de Prusia un cambio inesperado producido por ciertos acontecimientos importantes. Lucchesini, el embajador prusiano en Varsovia, que había sido llamado a Reichenbach, lugar donde se seguían las negociaciones, para dar cuenta de la opinión dominante en Polonia y para sustituir a Hertzberg que se encontraba enfermo, expresó su convencimiento de que difícilmente se conseguiría que Polonia aceptara el cambio de las dos ciudades por el territorio de Galitzia. Al propio tiempo, llegaron a Reichenbach los embajadores de Inglaterra y de Holanda, los cuales declararon que solo podían consentir en un arreglo cuya base fuese el restablecimiento del *statu quo* anterior a la guerra turca, sin modificación alguna. Inglaterra había podido evitar el peligro de una lucha con España, motivada por el derecho de posesión del estrecho de Nutka, en California, porque la Asamblea nacional de París se había negado a prestar apoyo a los españoles. A pesar de esto, Francia podía modificar su política, y para este caso, la conservación de sus intereses allende el Océano exigía que Inglaterra no estuviese enredada en ningún conflicto europeo (4). Además no tenía interés alguno en apoyar el engrandecimiento de Prusia ni la

(2) Schels, *El emperador Leopoldo II*, (tomo X de la *Historia* de los países del Imperio austriaco).

(3) Yanko, *Vida de Laudon*. Este autor guarda un silencio incomprensible acerca del número, de la aptitud y de las posiciones de las tropas destinadas contra Prusia, y en cambio se muestra pródigo de anécdotas de poco interés.

(4) Sybel, *Epoca de la Revolución*, I, pág. 154.

amplitud de su poder en el Mediterráneo. Estas manifestaciones disgustaron a Federico Guillermo, el cual sintiendo, además, debilitada la confianza que tenía en Hertzberg, que le había sido denunciado como revolucionario, comenzó a disentir de la opinión de su ministro y le encargó que terminara cuanto antes las negociaciones con Austria, sin insistir en las adquisiciones que había deseado. «No debéis consentir en que el príncipe Kaunitz os haga perder tiempo, escriba Federico Guillermo a Hertzberg en 14 de julio. Desde el momento en que yo renuncio, por ahora, a Danzig y a Thorn, la corte de Viena se verá obligada a hablar claramente y a no buscar nuevas evasivas. Por esto es preciso proponer el mas estricto *statu quo*, como ya os he encargado expresamente.»

No fue pequeña ni mucho menos agradable la sorpresa que causó a Spielmann la noticia de esta modificación de las proposiciones prusianas (1). El restablecimiento del *statu quo* no correspondía a los deseos del Austria y así es que en Viena no produjo contento alguno, lo cual se explica perfectamente, porque Austria estaba convencida del escaso provecho que le reportaba la posesión de Galitzia y aceptaba gustosa el cambio de esta provincia por algunas adquisiciones en el Danubio. Además, con la frase de regularización del territorio se disfrazaban la retirada que a la sazón tenía que verificarse y la cesión de todas las ventajas a costa de Turquía conseguidas. La muerte de Laudon, acaecida en 14 de julio de 1790, hizo que se considerase en Viena mas necesaria que antes la conservación de la paz, pues aun cuando pecaban un tanto de exageradas las esperanzas que en él se habían fundado, no podía menos de reconocerse el efecto moral que su fallecimiento había de producir en las tropas, entre las cuales gozaba de confianza extraordinaria. En la imposibilidad en que se encontraba el Austria de sustituir convenientemente a Laudon, el éxito de la guerra se hacía muy dudoso. «Por desagradable que sea, escribía Cobenzl a Spielmann, dejarse dictar leyes por la corte de Berlín, las circunstancias que atravesamos, y sobre todo la pérdida del gran Laudon, son de tal naturaleza, que es preciso pasar por todo con tal de salir del atolladero en que nos encontramos.»

El *statu quo* fue, pues, aceptado. El Austria se obligó a devolver a la Puerta todo cuanto le había conquistado durante la última guerra; y únicamente pudo continuar poseyendo Chotzim y conservar algunas posiciones de seguridad en la frontera bosniaca. Prusia, por su parte, se reservó la correspondiente indemnización. En una declaración aneja al tratado se consignó que durante la guerra ruso-turca, el Austria no tomaría parte en ella ni prestaría apoyo directo ni indirecto a Rusia contra la Puerta. Por lo tocante a la cuestión belga, se decía que se procedería de acuerdo con las potencias marítimas, así en lo relativo a la sumisión como en lo concerniente a la constitución de aquel país.

Este tratado de Reichenbach, de 27 de julio de 1790, fue una grande e importante victoria diplomática del Austria, debida al saber y a la prudencia de Leopoldo. De un solo golpe, se había despejado la situación, elevado la consideración de que gozaba Leopoldo, apartado de los asuntos de los Países Bajos y la Hungría toda influencia extranjera y facilitado la concentración de todas las fuerzas del Austria para restablecer la tranquilidad interior del Estado. El hecho de que Prusia hubiera tenido que renunciar a sus vastos proyectos y a la idea de sacar provecho de las cuestiones del Austria, fue por todo el mundo considerada como una derrota.

En el teatro de la guerra turca no había ocurrido entre

(1) Beer, *Leopoldo II, Francisco II y Catalina*, pág. 28.

tanto variación alguna de importancia, y solo los austriacos habían conseguido algunas pequeñas ventajas. En 7 de abril habían conquistado las plazas de Alexinez, junto a Morawa, y en 17 de mayo de Orsowa, habiendo, en cambio, fracasado una tentativa que contra Giurgewo hizo el teniente general, barón Spleny. El general de artillería, conde Elerfayt, había derrotado, en 26 de junio junto a Kalafat, un cuerpo de ejército turco compuesto de 8,000 hombres, y rechazado en 27 de julio otro de 4,000 que por Florentin había pasado el Danubio. La llegada de un coronel prusiano al campamento de Elerfayt (20 de agosto) puso fin a las hostilidades, y en virtud del armisticio que en 19 de setiembre se firmó en Giurgewo, ordenóse la retirada de las fuerzas que se encontraban frente a frente a sus respectivos acantonamientos. Hasta que quedó firmada la paz (fines de mayo de 1791) las dos partes beligerantes continuaron poseyendo las comarcas y las plazas fuertes que ocupaban; y en 30 de diciembre se inauguró el congreso de paz de Sistowa.

Consecuencia del convenio de Reichenbach fue la elección de Leopoldo como emperador de Alemania. Los sucesos que ocurrían en Francia y la excitación que reinaba en Alemania hacían general el deseo de poner cuanto antes fin al interregno, a lo cual contribuyó sobremanera el vicario del Imperio, el elector del Palatinado de Baviera, que aprovechó las atribuciones que la Constitución le confería para vender gran número de títulos de nobleza y proveer los obispados de Freising, Regensburgo y Eichstädt, con el objeto de favorecer a su candidato. La cuestión de la sucesión al Imperio solo había sido tratada incidentalmente en Reichenbach, pues Prusia no le daba importancia alguna y, durante el conflicto con el Austria, ni siquiera había pensado en modificar el estado de cosas existente. En los círculos de los príncipes, hablábase indicado la idea de dar al rey de Prusia la dignidad imperial; pero este proyecto era en el fondo descabellado, porque atendidas las opiniones protestantes de Federico Guillermo, no podía presumirse su conversión al catolicismo.

Gran fortuna fue para Alemania que los reyes de Prusia conservasen inmaculada su corona entre los escombros de las ruinas del antiguo Imperio y que sus hombres de Estado prefirieran extender su poderío por medio de la conquista de nuevas provincias, en vez de debilitarlo con la aceptación de deberes que no estaban compensados por derecho alguno. La mayoría de los príncipes consideró mas conveniente dejar la dignidad imperial en la familia de los Habsburgos, que disponía de un ejército de 300,000 hombres y de una renta de 90 millones. Solo la Curia romana trabajaba en Munich y en Berlín para evitar que la elección recayera en el reformador de Toscana, cuyas ideas tanta afinidad tenían con las de José (2); pero sus esfuerzos no obtuvieron éxito alguno. El embajador del elector de Maguncia llegó el 24 de marzo a Viena para invitar a Leopoldo a que, como rey de Bohemia, tomara parte en la elección de emperador. Leopoldo, a su vez, hizo cuanto pudo por facilitar su elección, presentándose muy amistosamente a los Estados del Imperio, declarándose dispuesto a aceptar las condiciones que le impusieran los electores y proclamando su candidatura cuando llegaron a Francfort los delegados electorales. El día 1.º de julio había sido señalado para comenzar las conferencias electorales; pero, a causa de la inseguridad de las relaciones entre el Austria y la Prusia, los delegados fueron tomándose tiempo y no comenzaron propiamente su tarea hasta el 11 de agosto, es decir, hasta después de firmado el convenio de Reichen-

(2) Leopoldo a María Cristina, 17 de junio de 1790. Wolf, *Correspondencia*, pág. 161.

bach. Al tratar de fijarse la capitulación electoral que, como renovación de las leyes fundamentales del Imperio, hubiera podido dar ocasión al planteamiento de reformas, resucitaron las antiguas tendencias particularistas que veían en la mayor limitación posible del poder imperial, una garantía para el bienestar y la paz del Imperio. Parece increíble que en aquella época, en que la debilidad del jefe del Imperio era objeto de burlas, se buscasen todavía nuevos medios de estrechar su esfera de acción, tales como consignar que el emperador no podía dar instrucciones ni dictar disposiciones a los tribunales, ni introducir nuevos Estados en el Imperio, especialmente con derechos personales, ni levantar fortaleza alguna en los territorios imperiales. Los Estados se reservaron el derecho de enviar delegados especiales para las negociaciones de paz y confiaron la defensa de sus derechos a las guarniciones que se encontraban en Francia y que habían sido disueltas en virtud del nuevo orden de cosas. El clero abordó con disgusto la cuestión de la libertad de escribir y de leer, pidiendo que no se tolerara libro alguno que no estuviera conforme con los sagrados libros de las religiones católica y protestante, con las buenas costumbres ó con la conservación del orden público. En cambio no hubo nadie que pidiera la supresión de los abusos que existían en la esfera administrativa y que habían sido señalados repetidas veces en distintos folletos. La mayoría de los soberanos del Imperio no veía la importancia del movimiento que se operaba en la nación francesa y no sospechaba el peligro que por este lado les amenazaba.

La elección tuvo efecto el día 30 de setiembre y recayó, como era de esperar, por unanimidad, en Leopoldo, el cual considerándola de antemano segura, había podido hacer sus preparativos. En el curso del mes de setiembre, la familia real salió de Nápoles y por Fiume se dirigió a Viena, en donde se verificaron (19 de setiembre) tres matrimonios entre las dos familias reinantes: el del archiduque Francisco con la princesa María Teresa, el del archiduque Fernando, gran duque de Toscana, con la hermana de aquella, María Luisa, y el de la archiduquesa Clementina con el heredero de la corona de Sicilia, Francisco Genaro, que estuvo representado en la ceremonia por el archiduque Carlos. En 23 de setiembre, Leopoldo y su esposa pasaron el Danubio por Neuburg, en donde fueron visitados por el elector de Baviera, y se dirigieron a Mergentheim, encontrándose allí con su hermano Maximiliano y la reina Carlota de Nápoles. En Aschaffenburg recibió la primera noticia del resultado de la elección, que le comunicó el mariscal del Imperio, conde de Pappenheim, y poco después el decreto de la elección que le entregó el duque Carlos de Mecklenburgo, delegado al efecto por la comisión electoral. En Aschaffenburg se les unieron también María Cristina y el duque Alberto, a quienes había invitado para las fiestas que debían celebrarse, y que le acompañaron a Francfort, donde hizo, en 4 de octubre, su entrada triunfal. La coronación tuvo efecto el día 9 del propio mes con la pompa acostumbrada y con asistencia de muchos extranjeros; y la impresión que produjo en los contemporáneos está fielmente pintada en las siguientes palabras de un testigo presencial: «Nada puede dar mejor idea de la pueril y vieja Constitución del Imperio alemán, que la mascarada de esta coronación, brillante en sus desgarrados jirones (1).» Uno de los que más suntuosidad desplegaron fué el elector de Tréveris, Clemente Venzel de Sajonia, que llevó por el Maine un magnífico yacht en el cual se servían suntuosos almuerzos y cenas. Las subvenciones que se acostumbraban a dar a los electores eclesiásticos para atender

(1) *Memorias de Ritté Lang*, I, 212.

a los gastos de la coronación, fueron entonces suprimidas, pues se dijo que si podían consentirse en una elección de rey de Romanos ó de regente del Imperio, no cabía exigir las en una elección imperial. Cuando la elección de José II como rey de Romanos, los obispos de Colonia y de Tréveris habían recibido, además del regalo acostumbrado, 75,000 y 59,000 florines respectivamente. Por tanto aquellos magnates, que habían contado con la subvención, formularon pretensiones sobre ella; pero Kaunitz, en este punto, se mostró inquebrantable, aunque después confesó que el elector de Maguncia había visto con disgusto aquella mezquindad y que «a pesar de todo lo que se hizo en bien del Imperio y de las atenciones que se le guardaron, quedó resentido y no pudo ocultar el descontento que le causó el apuro en que por cuestión de dinero se había encontrado (2).»

En medio del bullicio de las fiestas, convinieron Leopoldo, María Cristina y Alberto los principios según los cuales debían estos gobernar en los Países Bajos, cuya reconquista se consideraba segura. El emperador trató también con Spielmann, que formaba parte de su séquito, acerca de los principales puntos del manifiesto que el conde de Mercy debía leer ante el congreso del Haya, como última palabra del emperador a los Estados rebeldes. Poco tiempo después de la coronación (16 de octubre), regresó Leopoldo con la real familia de Nápoles a Austria para ser coronado rey de Hungría.

## II.—LA PACIFICACION DE LOS PAISES BAJOS Y DE HUNGRIA

Los Países Bajos en manos del partido clerical.—Cruzada contra los imperialistas.—Pacificación de los Países Bajos y de Hungría.—Situación de los partidos después de la victoria.—La Dieta húngara.—Coronación en Hungría.—La Dieta de Transilvania.—El Congreso nacional servio.—Debates de la Dieta húngara.

A la muerte de José, Bélgica parecía completamente dependiente y podía esperarse que, como la Holanda, entraría a formar parte del número de Estados europeos autónomos. Inglaterra y Holanda habían tolerado que privadamente se apoyara la insurrección; pero en el tratado de Loo (9 de enero de 1790) se unieron a Prusia tan solo para aceptar la garantía de la antigua Constitución belga, con arreglo a los principios contenidos en el tratado de 1715. Desde que se inició la cuestión, las potencias marítimas se mostraron dispuestas a decidir de la suerte de los Países Bajos, con ó sin el auxilio de Prusia, en pro ó en contra del Austria. Leopoldo evitó el discutir con aquellas el derecho de intervención, a pesar de que sostenía el suyo hereditario y la soberanía de la casa de Austria sobre Bélgica, contentándose con apartar poco a poco a Prusia de la alianza con las referidas potencias. Sus ideas fueron expuestas por él en la carta que con fecha 2 de marzo escribió a María Cristina: «Nuestro primer cuidado debe ser conseguir la paz, evitar la guerra y tranquilizar a las cortes extranjeras para poder luego ejercer nuestra acción en los Países Bajos y en Hungría.» Que el emperador estaba decidido a entrar en la senda de las inteligencias lo demuestran no solo la conocida profesión de fe de 25 de febrero, sino también el documento de 17 del propio mes que, en nombre suyo, debía ser leído a los Estados inmediatamente después de la muerte de José. En él les ofrecía, como ya llevamos dicho, la derogación de todas las innovaciones, el restablecimiento de la Constitución y de la administración antiguas y una amnistía general. Además, llevado de su celo, estaba dispuesto a renunciar en pro de

(2) Kaunitz al rey Francisco, 10 de marzo de 1792. Bivenot, *Fuentes para la política imperial alemana del Austria*, I, 411.

la nación los derechos y garantías que se habían hecho prestar sus antepasados desde Carlos V. Así procuró ajustar los actos de su gobierno a los principios contenidos en el acta de alianza de 20 de enero de 1790, los cuales solo debían ser modificados en el sentido de que en vez de un presidente electivo fuese el príncipe heredero el que se encontrara al frente del Estado, completamente autónomo. Las instrucciones que en 1.º de enero, antes de partir de Florencia, había enviado, en una carta a su gobernador, que entonces había encontrado un asilo en Poppelsdorf, junto a Bonn, tenían por objeto no permitir que los incidentes militares turbaran la acción pacificadora y contenían la resolución de conservar a toda costa la posición fuerte del Luxemburgo, pues la reconquista, caso de ser necesaria, solo podía partir de allí. El general Bender no debía atacar a los patriotas, sino mantenerse simplemente a la defensiva, a no ser que se viera atacado, en cuyo caso debía rechazar enérgicamente el ataque. Los gobernadores debían tratar directamente con la nación, apoyar a los partidarios del Austria, é intentar la reconquista por lo menos de una provincia.

El manifiesto de 17 de febrero llegó a manos de los Estados con algunas modificaciones referentes al poder soberano del Congreso y a las atribuciones militares del príncipe, y con el ofrecimiento de una suma de libertades, merced a las cuales pudieran realizarse las ideas más democráticas. El ofrecimiento, sin embargo, no fué aceptado; el Congreso dejó el manifiesto sin contestar, y se complació además en arrojar del país a todas las personas que habían estado al servicio de los gobernadores austriacos. Esta conducta del Congreso era consecuencia de la influencia que en él ejercía van der Noot, jefe del partido clerical revolucionario. Un gran número de demócratas (vonckistas) estaban convencidos de que sus aspiraciones tenían muchos puntos de contacto con las tendencias de Leopoldo y de que lo más conveniente para la causa de la libertad y del verdadero progreso era aceptar las condiciones por él propuestas. Van der Mersch, el único militar de talento con que podían contar los Estados, se había expresado en los siguientes términos hablando de las proposiciones de Leopoldo: «Tened en cuenta que hoy os ofrecen oro y quizás mañana solo podéis recibir cobre.» Van der Noot dirigió precisamente sus ataques contra van der Mersch para arrebatar a los demócratas la más importante y popular de sus fuerzas. Esto coincidió con la instalación del régimen clerical que se estableció en Bruselas a consecuencia de los tumultos de 16 y 17 de marzo de 1790. Ocho días antes, cuando las compañías de voluntarios rechazaron la fórmula de juramento que en favor de los Estados pidió van der Noot, pudo Vonck disolver el Congreso, pero creyó más prudente mostrarse magnánimo y con su autoridad evitó que los miembros de aquella asamblea fuesen arrojados por las ventanas, como se había proyectado. La magnanimidad es, sin embargo, la peor arma que puede emplearse contra el fanatismo y la teocracia, los cuales solo respetan a sus adversarios cuando estos les enseñan los dientes. Así hubieron de experimentarlo, pues la revisión constitucional que habían propuesto permitió a los clericales lanzar sobre ellos las masas, de antemano preparadas, de sus ciegos partidarios. El arzobispo de Malinas había declarado, en una pastoral, a los liberales enemigos de la religión diciendo: «quieren destruir la felicidad de los buenos ciudadanos con los frívolos y pérfidos sofismas de la filosofía del siglo actual.» Una carta de su secretario, que fué remitida a todos los párrocos y prepositos, declaraba a todo liberal traidor a la patria y perturbador del orden público, «porque pretendía introducir innovaciones en la religión y en la Constitución.» Este documento debía ser firmado

por los seglares más notables de cada parroquia y devuelto luego al arzobispo, con la particularidad de que el que no lo firmaba quedaba excluido de los sacramentos (1). Se ve, pues, cuán antiguos y proverbiales son los medios de agitación de que aun hoy se sirve con éxito el partido clerical y cuán poco escrupuloso se ha mostrado siempre en el empleo de armas tan mezquinas como la mentira y la calumnia (2). Los miembros de la sociedad patriótica que en una mesurada petición solicitaban la discusión de las reformas constitucionales eran calificados de pillos que querían destruir la religión, y no se vacilaba en excitar a la plebe a que ejecutara actos de violencia contra los jefes del partido democrático. El populacho no se lo hizo repetir dos veces y saqueó todas las casas de comerciantes y banqueros que de antemano les habían sido señaladas en escritos del tenor siguiente:

Cette maison doit être pillée,  
Le chef en sera massacré  
Pour conserver notre liberté:  
Sans cela point de tranquillité,  
C'est le vœu de la publicité (\*).

Quando los jefes de los demócratas, duques de Arenberg y de Ursel, Walkiers, Godin, La Marck y otros, hubieron emprendido la fuga, los Estados de Brabante prohibieron los grupos sediciosos. La cosa estaba ya hecha y ellos eran los amos de la capital. Para asegurar su poder necesitaban, sin embargo, disolver el ejército que se encontraba a las órdenes del general de artillería, Mersch. Esta misión fué confiada al general prusiano Schönfeld que había entrado al servicio de los Estados y por quien Mersch, a pesar de la superioridad de su talento y de sus conocimientos, se dejó engañar y prender con una imprevisión incomprensible. El héroe de la revolución que había creído imposible que se le prendiera, a él que creía defender solamente la ley, hubo de dejarse internar en la ciudad de Amberes, tan adicta a los clericales, mientras Vonck y sus compañeros huían al extranjero. Schönfeld intentó atacar en sus posiciones a los austriacos; pero fué completamente derrotado en 18 y 23 de mayo. Los vonckistas, que se habían reunido en Lila formando un contingente de 5,000 hombres, desperdiciaron la ocasión que se les presentaba de caer sobre las tropas derrotadas y dirigirse a Bruselas; y tanto esperaron, que el clero pudo enviar contra ellos millares de campesinos que acabaron con algunos cuerpos de voluntarios que se les habían agregado. Los jesuitas tronaban contra los liberales y pedían su muerte, pasando por encima de los lentos procedimientos judiciales. «Nada de lentitud, nada de destierros, nada de saqueos, decía uno de sus libelos; la muerte, la muerte, la mas ignominiosa muerte. Cuando hayamos dado muerte a un centenar de traidores, no tendremos que combatir ya a los austriacos; entonces seremos libres; entonces seremos felices. Tal es el deseo más ferviente del pueblo belga, tal es su voz, la voz de Dios: *Vox populi, vox Dei.*»

Los vonckistas se iban aproximando al gobierno austriaco, de manera que en 10 de julio escribía María Cristina a su

(1) Borguet, *Histoire des Belges*.—Véase sobre esto el trabajo de Liebrecht en la *Revista histórica* de Sybel, VIII, pág. 38.

(2) Sin defender la conducta de los clericales belgas de aquella época debemos decir que la reflexión del autor es por desgracia aplicable también a todos los partidos, y a todos los géneros de fanatismo.

(N. del T.)

(\*) Este edificio será saqueado  
Y su jefe asesinado  
Para conservar la libertad,  
Sin lo cual no habrá tranquilidad.  
Tal es la pública voluntad.